

Fecha de envío: 20-06-2025 Fecha de aceptación: 25-08-2025 Fecha de publicación: 20-06-2026
https://doi.org/10.5281/zenodo.21798558

Entre símbolos, cuerpos y silencios: Un recorrido narrativo por la literatura homoerótica y queer en México desde la poética de A. E. Quintero

Between Symbols, Bodies, and Silences: A Narrative Journey through Homoerotic and Queer Literature in Mexico from the Poetics of A. E. Quintero

Laura Izamar Velarde Garcilazo
Universidad Autónoma de la Ciudad de México, México
laura.izamar.velarde@gmail.com

Resumen: Este artículo propone una lectura de la literatura homoerótica y queer en México a partir de la poética de A. E. Quintero, entendida como heredera de una tradición marcada por el silencio y el desplazamiento simbólico del deseo. Desde la teoría queer y el análisis literario, se examina el uso de la prosopopeya y el simbolismo en Cuenta regresiva (2011) como estrategias que permiten la inscripción del cuerpo y del deseo a través de objetos, animales y elementos naturales. Lejos de funcionar como mecanismos de ocultamiento, estas figuras intensifican la experiencia homoerótica y configuran una poética donde el símbolo se convierte en superficie corporal y espacio de afirmación estética.

Palabras clave: literatura homoerótica; literatura queer; poesía mexicana; simbolismo; prosopopeya; cuerpo; deseo; A. E. Quintero

Abstract: This article offers a reading of homoerotic and queer literature in Mexico through the poetics of A. E. Quintero, understood as an heir to a tradition shaped by silence and the symbolic displacement of desire. Drawing on queer theory and literary analysis, it examines the use of prosopopeia and symbolism in Cuenta regresiva (2011) as strategies that inscribe the body and desire through objects, animals, and natural elements. Rather than operating as forms of concealment, these figures intensify homoerotic experience and shape a poetics in which the symbol becomes a corporeal surface and a space of aesthetic affirmation.

Keywords: homoerotic literature; queer literature; mexican poetry; symbolism; prosopopeia; body; desire; A. E. Quintero

© 2026 Los autores. Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional (CC BY 4.0).

Imagen referencial editorial pag. anterior. *A. E. Quintero.* Fotografía publicada originalmente el 7 de mayo de 2026 en su página pública de Facebook.

Hay poemas que no solo se leen: se escuchan respirar. Cada símbolo es una herida antigua, cada metáfora un gesto clandestino, cada silencio un lugar seguro. La literatura homosexual y queer en México —esa que durante décadas se deslizó entre sombras para sobrevivir— ha trazado un mapa íntimo donde los cuerpos disidentes aprendieron a decirse sin ser descubiertos. No es casual: la historia del deseo en este país está hecha de puertas entreabiertas, de cartas que nunca llegaron, de árboles que parecían moverse solos bajo la lluvia.

Esa tensión —entre decir y callar— es la que ha marcado la escritura de los siglos XX y XXI. Y aunque alguna vez se discutió si la literatura debía desligarse de la sexualidad de quien la escribe, en México esta pregunta suena ingenua: cuando un cuerpo ha sido silenciado, escribirlo se vuelve acto político. Cuando un deseo ha sido sometido, simbolizarlo es resistencia. Y cuando un poeta homosexual decide hablar, su voz no se escucha sola: resuenan detrás de él Villaurrutia, Pellicer, Novo, Bohórquez, Nandino, todos los que aprendieron a escribir como quien deja pistas en un bosque hostil.

La obra de A. E. Quintero pertenece a esta genealogía, pero también la renueva. Poeta mexicano nacido en Culiacán, Sinaloa, el 8 de agosto de 1969. Desde muy joven se trasladó a la Ciudad de México, donde estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UNAM y posteriormente cursó estudios de posgrado —maestría en Teoría Literaria en la UAM-I y doctorado en Teoría de la Literatura en la Universidad Autónoma Metropolitana. Ha sido becario del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y ha colaborado con varias revistas literarias (como Periódico de Poesía y Revista Universidad de México). En 1996 ganó el Premio Nacional de Poesía Enriqueta Ochoa y, más tarde, en 2011, obtuvo el Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes con su libro Cuenta regresiva.

La literatura queer no se limita a representar disidencias sexuales o identidades no normativas; su apuesta es más radical: desestabiliza las categorías mismas desde las que pensamos el cuerpo, el deseo y la narración. Nace de una sospecha ante lo fijo, ante lo que pretende ser universal, y propone en cambio una poética del desborde, del tránsito, de la multiplicidad. En ella, los personajes no son "identidades" ya dadas, sino procesos en movimiento; los géneros literarios se mezclan, se quiebran; el lenguaje se vuelve un territorio donde experimentar nuevas formas de existir. Lo queer, así, no solo describe un contenido, sino una actitud estética y política: cuestiona el centro y abre espacio para lo que ha sido empujado al margen, permitiendo que la escritura se convierta en un laboratorio de posibilidades para imaginar otros mundos—y otros cuerpos posibles.

Cuenta regresiva (2011) es uno de sus libros más representativos: allí la prosopopeya no es un adorno retórico sino una máscara, un espejo, un cuerpo prestado. En sus poemas, cada objeto se humaniza; cada tarde respira; cada árbol se vuelve un cuerpo que desea. Sus poemas son escenas y, al mismo tiempo, confesiones susurradas: lo que no podía decirse directamente, Quintero lo encarna en la voz de un gato, en la textura de una higuera, en el pulso de un celular. Como quien se esconde para poder revelarse.

Cuerpos que se ocultan, metáforas que hablan
La literatura homosexual mexicana se ha movido históricamente en un territorio casi ritual: el de la insinuación. El deseo debía pasar por filtros simbólicos para no tropezar con la moral judeocristiana, esa que pretendía regular incluso la forma en que un hombre podía mirar a otro.

Villaurrutia encontró refugio en la noche, Pellicer en la naturaleza, Nandino en los cuerpos fantasmales. La tradición entera se volvió un lenguaje cifrado. No porque quisieran, sino porque era necesario. Cuando la palabra "hombre" no podía acompañar a la palabra "amor", surgió una poética de sombras: tactos invisibles, pronombres ambiguos, imágenes bifurcadas. Las representaciones del ser homosexual que estos autores propusieron en su momento terminaron por edificar nuestra tradición cultural. Como diría Cañedo: "Si tu ano no es cerrado, ¿por qué tu mente sí?" (Cañedo, 2016).

Esa necesidad de ocultarse dio a la literatura homosexual una cualidad estética singular: la metáfora no era solo metáfora; era un derecho al deseo. Y, sin embargo, con la llegada de la teoría queer —esa que dijo "lo raro también es lengua"— la lectura de estos textos cambió. Ahora comprendemos que la escritura disidente siempre fue performativa, porque cada imagen significaba lo que decía y también lo que no podía decir.

Allí se sitúa Quintero: heredero de un lenguaje

clandestino, pero consciente de su libertad contemporánea.

La prosopopeya: cuando las cosas hablan por los cuerpos

En la poesía de A. E. Quintero, las cosas no solo hablan: respiran, desean, reconocen, callan. Son testigos y cómplices. Funcionan como cuerpos sustitutos en un mundo que todavía no termina de permitir que unos cuerpos deseen libremente a otros cuerpos. La prosopopeya, esa figura que da vida a lo que no la tiene, es el escenario secreto donde el poeta refugia su erotismo: allí conversa con la tarde, con un gato, con una higuera, con un celular. Allí los objetos narran lo que el sujeto lírico teme o no desea decir directamente.

Pero no es un artificio; es una estrategia afectiva. Quintero convierte los objetos en piel y al lector en voyeur.

El celular que crece como un cuerpo adolescente "Un teléfono celular. / Así comienza / Pero por mucho tiempo creí / Que algo en el organismo te iba preparando, / Un dispositivo, / Un clic / Y estabas de pie en tu madurez entero" (Quintero, 2011, p. 33). Es un inicio que parece casi anecdótico, un guiño cotidiano. Pero la sorpresa llega de inmediato: el aparato, en manos del poeta, deviene cuerpo en crecimiento. La frase "estabas de pie en tu madurez" no solo erotiza la escena: convierte al celular en la metáfora perfecta del adolescente que descubre su propio cuerpo, del hombre joven que se erige ante el mundo y ante otro hombre que lo mira. La prosopopeya es un pacto furtivo: el objeto dice lo que el poeta no puede pronunciar sin protección simbólica. Esta humanización del objeto —cargada de doble sentido— logra algo poderoso: vuelve lo tecnológico en íntimo, lo metálico en deseante, lo frío en piel. Es el deseo trasladado, un desplazamiento freudiano a plena luz, disfrazado de modernidad.

Y en el subtexto, la historia es otra: dos cuerpos masculinos que no pueden tocarse encuentran la manera de hablarse a través de una metáfora tecnológica, un espejo pulido donde late un pulso secreto.

La tarde y el gato que se miran con deseo

Hay un poema donde la tarde y un gato "intercambian ojos". La escena parece sacada de un cuento breve, casi fantástico: la luz moribunda y un animal doméstico que se observan como si compartieran un lenguaje común. Pero quien conoce la tradición homoerótica de México reconoce la clave: esa mirada es la mirada del deseo prohibido, la de dos hombres que se cruzan en un espacio que no les concede privacidad. Para esclarecer este simbolismo homo-erótico, me valgo también de la definición de Cirlot que dice:

> La psicología ha reducido a expresión sexual este simbolismo de dualidad. Jung afirma que el árbol posee cierto carácter bisexual simbólico, lo que se expresa en latín por el hecho de que los nombres del árbol sean de género femenino, aun con desinencia masculina. A este se asocian muchas veces otros símbolos, bien por influjo de situaciones reales, bien por yuxtaposición de imágenes y de proyecciones psíquicas, para dar lugar así a símbolos más determinados, ricos o complejos, pero por lo mismo, menos generales y espontáneos. (2018, p. 130)

La prosopopeya trabaja como una máscara: donde hay gato y tarde, en realidad hay cuerpos humanos que se reconocen y se desean. Quintero continúa la imagen y escribe cómo ambos "hablan claridades esperadas", como si en ese cruce silencioso se revelara algo que nunca se nombra: la ternura, la atracción, la necesidad de un toque que no ocurre. La escena está tejida con la tensión de lo no dicho. Lo cotidiano —un gato y una tarde cualquiera— se vuelve escenario de una coreografía íntima.

La higuera: sexualidad, divinidad y pudor

En otro poema, Quintero escribe que la higuera "no puede ser diferente a otras higueras". La frase, simple en apariencia, contiene una verdad identitaria: un ser no deja de ser lo que es. La higuera, cargada de simbolismo bíblico, evoca el pudor, la desnudez de Adán y Eva, el deseo castigado, el cuerpo cubierto.

El poeta juega con la ambigüedad sexual del árbol —según Chevalier, símbolo de fertilidad, de vientre y de falo— para hablar del hombre homosexual que también carga una sexualidad ambivalente: expuesta y escondida, natural e ilícita, evidente y silenciada. En ese tenor, Chevalier significa a la "higuera" como: "simboliza la ciencia religiosa, en el Génesis, Adán y Eva al verse desnudos cosen hojas de higuera para confeccionarse. En el libro de Los Reyes, los árboles piden a la higuera que reine sobre ellos". (1986, p. 567).

Cuando Quintero pide: "háganse los higos", no

solo parodia el "fiat lux"; inaugura un mundo donde el deseo masculino es acto creador.

> ¿Qué hubiera podido hacer la higuera?
> ¿Cambiar de mes?
> Tener fe y afrutarse toda
> con fe?
> ¿Moverse del camino para que no la mires?
> ¿Decirle a sus raíces: sean un par de pies,
> Y salir corriendo sobre sus charcas?
> ¿O casarse con un higuero
> Y tener dos higos?
>
> Tal vez ser más práctica
> y entender
> que no puede ser diferente a otras higueras,
> que no puede,
> que la vida es un acto de hambre, una comunidad
> de hojas iguales, con hambre.
> Y que la indefensión inicia con la palabra naturaleza,
> en el cuerpo, donde siempre principia la conducta.
>
> O quizá decir: háganse los higos
> y dártelos
> como una madre joven da en adopción
> su primer amor
> y su confiada adolescencia.
> (Quintero, 2011, p. 15)

Ya no es culpa, ya no es sombra: es génesis. La prosopopeya convierte al árbol en profeta, en testimonio de un erotismo que ya no quiere disimularse del todo.

El símbolo como piel del deseo

La poesía homoerótica, para sobrevivir, aprendió a convertirse en símbolo. Durante décadas, cuando nombrar directamente el cuerpo masculino implicaba censura, burla o peligro, los poetas tuvieron que esconder la piel detrás de la metáfora, camuflar el sexo en la flor, el beso en la sombra, el cuerpo amado en la lluvia. El símbolo operó como refugio, como máscara y, al mismo tiempo, como una forma más poderosa de erotismo: decir sin decir, mostrar sin exhibir, insinuar lo que no podía proclamarse.

Podemos preguntarnos desde cuándo existe una obra con contenido homoerótico sin ser nombrada como tal. La Epopeya de Gilgamesh (2500–2000 a. C.) es un ejemplo temprano: el vínculo entre Gilgamesh y Enkidu, especialmente en el sueño donde él afirma "yo mismo, como a una esposa, lo acariciaba" (La epopeya de Gilgamesh, 2006), revela una carga afectiva difícil de reducir a simple amistad.
La teoría queer —de Sedgwick a Halperin— advierte que no debemos buscar identidades modernas en la antigüedad, sino rastrear cómo los deseos no normativos aparecen codificados en símbolos, metáforas y vínculos homosociales. Desde esa lectura, Gilgamesh constituye uno de los primeros testimonios de una sensibilidad homoerótica en la literatura.

A. E. Quintero recoge esa tradición, sí, pero la empuja hacia adelante: la desoculta. Sus símbolos no son evasiones; son formas alternativas del cuerpo. Son pieles. Latidos. Temperaturas. El símbolo en su obra no disfraza el deseo, lo intensifica: convierte a la naturaleza y a los objetos en superficies donde el deseo se proyecta, donde la identidad se vuelve palpable aun cuando no se nombra de manera frontal.

En Quintero, el símbolo es táctil. No es solo un recurso retórico, sino un organismo vivo que permite que el deseo circule sin restricciones: árboles que palpitan, tardes que respiran, líquidos que tiemblan, animales que observan con la gravedad de un amante silencioso. El símbolo deja de ser una puerta cerrada para volverse membrana: el deseo la atraviesa, la humedece, la ilumina.

Así, la tradición simbólica de la poesía homoerótica —que antes fue estrategia de supervivencia— se transforma en una forma de insolencia. Los símbolos de Quintero no piden permiso: se ofrecen, se desnuda, se rozan entre sí. Cada imagen es una forma de decir: "esto también es un cuerpo".

El resultado es una poética donde la metáfora deja de ser cobertura para convertirse en piel expuesta; donde lo vegetal, lo mineral y lo animal se vuelven texturas del deseo; donde el símbolo no oculta, sino que revela. En este sentido, la obra de Quintero confirma una intuición fundamental: en la poesía queer, el símbolo no es el escape del cuerpo, sino su expansión. Una piel nueva para un deseo que, por fin, se sabe legítimo, luminoso y posible.

La lluvia como purificación, semen y llanto

En Quintero, la lluvia no es solo agua. Es eyaculación, es purificación, es llanto contenido. Cuando escribe sobre "el árbol a

punto de llover", la imagen es la del cuerpo masculino tensado, al borde del orgasmo. En tal sentido, diría Cirlot: "cada parte del cuerpo corresponde a otra del universo: al cielo, la cabeza; al aire, el pecho; al mar, el vientre; a la tierra; las extremidades inferiores. De igual modo los sentidos responden a las analogías." (2018, p. 480). Y cuando afirma que "el dolor reconoce a los de su propia especie", vuelve a lo comunitario: la disidencia sexual es también reconocimiento, aquella forma de ver en otro cuerpo una herida semejante. Quintero hace uso de las analogías de "árbol" y "cuerpo" para nombrarse:

> …Que fueras feliz
> Como supongo felices
> las gotas de agua que se encuentran, que casualmente coinciden.
> Como también a veces
> me parecen felices ciertos árboles
> que toman de pretexto la lluvia para tocarse,
> para acercar sus cuerpos
> como un par de niños bajo la sábana…
>
> Pero pienso que el dolor
> reconoce a los de su propia especie,
> a los seres que le son comunes. Los que llevan
> el mismo fruto adentro de sus ojos. (Quintero, 2011, p. 17)

Es un poema que no necesita pronombres: la queeridad está en la atmósfera, en la vibración. Una poética queer mexicana: herencia y ruptura.

Quintero escribe desde una doble conciencia: es heredero de una tradición secreta, pero no quiere escribir en silencio. Como Villaurrutia, hace del símbolo una guarida. Como Pellicer, convierte la naturaleza en cuerpo. Como Nandino, erotiza lo imposible. Como Bohórquez, se atreve a nombrar sin pedir perdón. Como dice Cañedo: "La conciencia de ser diferentes generó entre los escritores mexicanos construir posibilidades a partir de su experiencia un presente histórico de la enunciación discursiva en cada caso, que varía con las circunstancias históricas y políticas." (2021)

Pero también rompe con todos ellos. Su poesía no se avergüenza de su homoerotismo: lo celebra. No oculta el deseo: lo desplaza, lo encarna en objetos, lo vuelve presencia palpable. No pide permiso: su sujeto lírico es queer no por lo que dice, sino por cómo se mueve entre las cosas, por cómo las cosas hablan por él. No teme la plenitud: si su deseo trepa por los árboles, lo deja; si la lluvia eyacula, lo permite; si la tarde ama, lo nombra; si un gato mira, responde.
Quintero no es solo un poeta homosexual. Es un poeta que convierte el mundo en un cuerpo queer.

Conclusión

La literatura homosexual y queer mexicana ha tejido su historia entre silencios forzados y revelaciones cuidadosas. Durante un siglo, los poetas disidentes aprendieron a escribir desde los márgenes, en el borde de la metáfora, a través de símbolos que funcionaban como refugios ante una sociedad que castigaba el deseo.



Imagen referencial editorial. *Fichi* (detalle). Bartolomeo Bimbi, 1696. Reproducción digital: colección del Museo della Natura Morta.

A. E. Quintero no destruye esa tradición: la reanima. Sus árboles aman. Sus higueras desean. Sus gatos observan con lascivia. Sus lluvias eyaculan y purifican al mismo tiempo.
En su poesía, la prosopopeya no es un truco literario: es un método de supervivencia emocional y simbólica. Es la forma en que un hombre homosexual recupera la capacidad de narrarse sin ser interrumpido. Y es también un acto político: convertir la naturaleza en un coro queer es decirle al mundo que el deseo no es excepción, sino parte del paisaje.

Donde la tradición vio sombra, Quintero ve brillo. Donde hubo clandestinidad, él planta árboles erectos. Donde otros callaron, él hace hablar a un gato. Donde antes había culpa, él escribe: "háganse los higos". Y ese gesto final lo resume todo: Quintero no quiere un mundo donde el deseo sobreviva. Quiere uno donde el deseo crezca, hable, llueva, se vuelva árbol,donde la poesía sea un territorio posible para los cuerpos que la historia quiso silenciar.
En su obra, el homoerotismo deja de ser secreto y se convierte en estética. Deja de ser herida y se vuelve lenguaje. Deja de ser sombra y se transforma en luz propia.

Y así, entre símbolos, cuerpos y silencios, la literatura queer mexicana sigue floreciendo: no como un eco de lo prohibido, sino como la afirmación rotunda de que la belleza también puede ser disidente, masculina, ambigua, luminosa y eterna.

Referencias:

Beristáin, Helena. (1989). *Análisis e interpretación del poema lírico*. México: UNAM-IIF.

Beuchot, Mauricio. (2006). *Puentes hermenéuticos hacia las humanidades y la cultura.* México: Ediciones y Gráficos- Universidad Iberoamericana.

Beuchot, Mauricio. (2014). *Hermenéutica, analogía y ciencias humanas.* México. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Bousoño, Carlos (1985). *Teoría de la expresión poética*. Madrid: Gredos.

Mario Calderón Hernández. (2020). Cinco premios nacionales de poesía de Aguascalientes: Óscar Oliva, Efraín Bartolomé, Baudelio Camarillo, A.E. Quintero y Héctor Carreto. *Graffylia, Revista De La Facultad De Filosofía Y Letras, 5*(9), 16–27.

Cañedo, C. (2021, 13 de octubre). *Literatura gay en México: construir mundos posibles.* Opción. http://opcion.itam.mx/?p=1509

Chevalier, Jean. (1986). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Editorial Herder.

Cirlot, Juan Eduardo. (2018). *Diccionario de símbolos.* Madrid: Ediciones Siruela, S. A.

Eco, Umberto. (1997). *Interpretación e Historia, en Interpretación y sobreinterpretación.* Cambridge: Cambbridge University Press.

Fonseca Hernández, C., & Quintero Soto, M. L. (2009). La teoría queer: la de-construcción de las sexualidades periféricas. *Sociológica (México), 24*(69), 43–60. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732009000100003

González Fritsche, Jessica. *Enriqueta Ochoa, de su vida y de su obra, a través del Retorno de Electra.* http://www.laotrarevista.com/images/media/enriqueta_ochoa_ensayo.pdf

Lausberg, Heinrich. (1967). *Manual de retórica literaria.* Madrid: Gredos. A. AZAUSTRE y J. CASAS.

Moreiro, Julián. (1996). C*ómo leer textos literarios. El equipaje del lector.* España: Editorial EDAF.

Quintero, A. E. (2011). *Cuenta regresiva.* México: Era Ediciones.

Schopf, Federico. (1967). *Poemas y antipoemas: tercera edición de una lectura.* La Nación.

Silva Castillo, Jorge. (2004). G*ilgamesh o la angustia por la muerte poema babilonico.* México: El Colegio de México.

Solares, Blanca y María del Carmen Valverde Valdés (2005). *Sym-bolon. Ensayos sobre cultura, religión y arte.* México, IIF-UNAM.

Sergio Téllez-Pon (2017) *La síntesis rara de un siglo loco. Poesía homoerótica en México, Ciudad de México*. Fondo Editorial Tierra Adentro.

Michael K.Schuessler y Miguel Capistrán (coords.). *México se escribe con J. Una historia de la cultura gay.* México: Planeta.

Valdés, Mario. (2002) *Sobre la interpretación. Teoría literaria.* México.